

# «LA SUERTE DE SER MUJER EN EL PERÚ». GÉNERO, TRABAJO Y DINERO EN LAS CARTAS DE CLORINDA MATTO A RICARDO PALMA

Francesca Denegri  
Pontificia Universidad Católica del Perú

Pocos géneros literarios resultan más apropiados para entender la íntima y cambiante relación entre el soporte material del libro y su particular textualidad (Chartier, 2006) que un epistolario como este de Clorinda Matto que hoy colocamos entre sus manos. Al reunir las 31 cartas que lo componen en un solo y único documento, aparecen figuras y patrones configurados a lo largo del tiempo que ni el sujeto epistolar ni su destinatario —entrampados como estaban en la inmediatez de su contemporaneidad— pudieron haber aprehendido en el momento mismo de su producción. Así, lo que en soporte de cartas sueltas podría aparecer como reclamo y coyuntura del momento personal que vivía Matto, resulta siendo, en el gran diseño de este corpus epistolar, el tópico de una historia de vida que discurre bajo la «particular coreografía» (Bouvet, 2006) modulada, una y otra vez, por la «suerte de ser mujer en el Perú» en las postrimerías del siglo XIX. Desde una contemporaneidad como la nuestra, en la que «lo privado coloniza el espacio público» (Bauman, 2004) no es difícil subestimar las formas de una escritura que descansa sobre la confianza en la impermeabilidad de las fronteras del espacio público y privado. En ese sentido, si bien es cierto que la publicación de estas cartas representa la violación del diálogo confidencial que entablaron dos personas amigas a lo largo de los años, tal como lo elabora Ana Peluffo en el artículo anterior, hay que señalar también que el acceso a su lectura panorámica ofrece a la lectora la invaluable oportunidad de recuperar los pliegues de una subjetividad histórica femenina de gran relevancia para las mujeres peruanas contemporáneas, que, sin embargo, han permanecido ocultos por casi un siglo y medio.

## EL CAMPO

Este epistolario editado y anotado ofrece la oportunidad de cartografiar con cierta precisión el campo intelectual peruano y, en menor medida, también el argentino, en los que Matto buscó posicionarse como agente reconocida por sus pares a pesar de la carga negativa de su género sexual. Lo que queda claro en esta activa búsqueda de legitimidad que emprendió Matto a través de su correspondencia con Palma es que tan importante como posicionarse entre los agentes intelectuales de prestigio fue buscar su visibilización entre los agentes más poderosos del campo social. Con la inclusión exhaustiva de notas a pie de página nos propusimos proveer a los lectores de la información necesaria para entender la compleja articulación entre los campos social, intelectual y político que operaban en la región. Hay que señalar que, a diferencia del campo intelectual francés que estudió Bourdieu (2002) para elaborar su teoría social de la cultura, el campo intelectual peruano estaba lejos todavía de alcanzar su autonomía y el argentino, aunque más desarrollado que el peruano, tampoco era autónomo. Por ello, y deseosa de hacerse de una red de contactos y de relaciones personales que le confirieran el capital social y político que como viuda provinciana y pobre en principio no tenía, Matto buscó acercarse a personajes de poder que la ayudaran a legitimarse como intelectual. Como lo manifiesta en sus cartas, relacionarse con ministros de Estado, diplomáticos, senadores, vocales, académicos de prestigio y empresarios desde un «entre-lugar» o espacio fronterizo (Bhabha, 2002) no parece haber sido suficiente, y por ello buscó la amistad de Lizardo Montero y Andrés Avelino Cáceres, presidentes sucesivos de la República del Perú; de Narciso Campero y Gregorio Pacheco, de la República de Bolivia; y, finalmente, durante su estancia bonaerense, la de Leonor Tezanos Pinto de Uruburu, esposa del presidente argentino José Evaristo Uruburu.

Este paciente trabajo de tejido de redes rindió finalmente sus frutos y, para 1889, Matto había acumulado el capital político y social necesarios para la producción de un capital intelectual que le permitiera acceder a la dirección de una revista de la importancia de *El Perú Ilustrado*, y a la publicación simultánea de su primera novela, *Aves sin nido*, en sellos de prestigio, como eran el de Carlos Prince, en Lima, y el de Félix Lejouane, en Buenos Aires. Resulta, en este sentido,

sintomático que en los primeros dos años de su carrera profesional, de 1883 a 1885, cuando más urgida estaba de capital relacional, haya escrito 23 cartas de un total de 31 a Palma, y que luego de acumular el capital simbólico necesario para ser tomada en cuenta como escritora, la frecuencia de cartas se torne francamente esporádica; de hecho, no hay en este epistolario ni una sola carta fechada entre 1889 y 1893, que son los años en los que Matto estuvo dotada de mayor poder social, político y cultural. Sospechamos, como lo sugiere Moi (2001), que los efectos de discriminación de género no fueron los mismos cuando era una escritora legitimada por el poder que cuando era apenas conocida y se sentía estigmatizada «por ser mujer en el Perú», como lo consigna en su primera carta a Palma, el 5 de diciembre de 1883. Si ser mujer era capital negativo en el campo intelectual del siglo XIX, este pasivo guardaba una relación fluctuante e inversamente proporcional con el capital simbólico amasado; es decir que a veces Matto fue más mujer que otras, parafraseando la consigna de Moi, «que a veces una mujer es una mujer y, a veces, lo es mucho menos» (2001, p. 14).

Más allá de estos avatares, me interesa señalar la tenaz capacidad de resistencia que demuestra el sujeto epistolar en *Su afectísima discípula* frente a los múltiples mandatos patriarcales que se ciernen sobre ella a lo largo de los años. En el espeso tejido de estas cartas, que fueron escritas desde las cuatro ciudades en las que la escritora vivió tras la Guerra del Pacífico (Tinta, Arequipa, Lima y Buenos Aires), en estados de ánimo y coyunturas históricas diversas, brillan con particular urgencia dos entramados. El primero es el relacionado al tema del trabajo, el género y el dinero; o, mejor dicho, el tema de la carencia de trabajo y dinero por razones de género. El segundo es la insistencia del yo epistolar en enfrentar la situación de violencia económica en la que se posicionaba como agente resiliente y decidido a buscárselas contra viento y marea. El tono oscilante entre víctima subalterna y sujeto de derecho que reclama ante un interlocutor que, por admirado y querido que era, no disponía de un marco simbólico con lugar para la agencia política del sujeto femenino, es prueba de ello. Las líneas que siguen se centran en analizar la textura de estos hilos, cuyo tenso entramado da cuenta del modo en que el campo intelectual moderno se articula con las relaciones de jerarquía genérico-sexual que representan, de un lado, la escritora cusqueña y, del otro, su famoso destinatario limeño.

## LA CARENCIA

Contrariamente a lo que algunos biógrafos de finales del siglo pasado han sugerido acerca del éxito de Matto como empresaria lanera astuta y privilegiada (Manrique, 1999), estas cartas demuestran no solo la naturaleza ficticia de dichos privilegios (Arango-Keeth, 2012), sino que además evidencian que ella en realidad nunca pretendió ser empresaria excepto en temas que estuviesen estrictamente dentro del campo de las letras<sup>15</sup>. Si bien el tema de la búsqueda de trabajo remunerado, ya sea como maestra, periodista, editora o escritora, es un indudable hilo conductor en estas cartas, también lo es la frustración de tener que dedicarse a escribir «en otro sentido que no sea el puramente literario», por no tener «otro modo de vivir que recibiendo el sueldo miserable que me pagan en *La Bolsa*», tal como lo señala en su carta del 18 de julio de 1884 (carta 6). En un país en el que el campo literario y el mercado de bienes culturales no era sino una promesa, la novelista tuvo que dedicar gran parte de los catorce años en los que se ubica el epistolario en buscar infatigablemente una ocupación en áreas relativamente afines a la literatura que le permitieran ganarse la vida y le dejaran algo de tiempo libre para el ejercicio de su vocación de escritora<sup>16</sup>. Es precisamente esta búsqueda la que Matto tematiza en sus cartas, enmarcándola en la retórica sentimental republicana que Ana Peluffo identifica en su obra de ficción (2004), con el fin de sensibilizar a su prestigioso corresponsal frente al drama particular que está viviendo y enlistar, así, su necesario apoyo como mediador y cazatalentos *avant la lettre*.

En su obra de ficción Matto escribió con sensibilidad acerca de la figura de la mujer «decente» empobrecida, pero es gracias a estas cartas que podemos afirmar que la novelista conocía, en efecto, al detalle esta particular figura de fin de siglo, sencillamente porque la vivió en carne propia. A la situación económica francamente precaria que debió enfrentar por las deudas que a su muerte dejó Turner y de las que, ahora lo sabemos, nunca se recuperó, se sumaría el clima de zozobra y bancarrota que vivía el país en los años de ocupación chilena. De esta difícil situación dan fe no solo las cartas 1 y 3-18, escritas en Arequipa, sino también sendos recuerdos que acerca de esa época consignan dos amigos cercanos. Julio Sandoval escribe: «Hoy, viuda, tras años de prueba y después de haber cubierto las grandes deudas que su esposo le dejara en la ruina de sus negocios, habita en Arequipa y viviendo de su trabajo; pero serena y con ánimo fuerte» (1884, p. XV), mientras que Abelardo Gamarra registra una imagen de Matto doblada sobre su escritorio a la luz de una vela y trabajando hasta altas horas de la noche en su afán de cuadrar las cuentas pendientes: «Su esposo había muerto dejando una fortuna quebrantada y la joven escritora, sin dejarse abatir por la desgracia, se había puesto al frente del comercio de su casa y vivía consagrada al trabajo con la constancia, fe i talento de una verdadera norteamericana» (1890, p. 5).

Fue en 1881 cuando Matto comenzó a batallar para procurarse de un empleo del cual vivir y pagar a sus acreedores. En este primer tramo de su drama económico debió aceptar la derrota muy pronto, cuando a la precariedad de su situación se sumaron la estafa de sus abogados y el embargo de sus bienes, que incluía su preciado piano. Dos relatos autobiográficos escritos en primera persona se nutren de esta misma experiencia. En el primero, «Entre las sombras. De los apuntes de viaje», la narradora centra su memoria en los meses de depresión, cuando a poco de enviudar llegó la guerra a Tinta, donde, a la sazón, residía (Matto, 1886). Aquí la construcción del sujeto narrador se sirve de los tropos de la orfandad y de la miseria para justificar el tema del suicidio. «Hija adoptiva de la desgracia» y «hermana de la orfandad», la viuda narradora solloza y pide a gritos que la muerte se la lleve. Pero, en lugar de la parca, ingresa en el relato la siniestra procesión de acreedores que impasibles cargan sobre hombros a su querido Pleyel, como si fuera «el ataúd de un ser querido», camino al cementerio. Es, finalmente, a «la esperanza del trabajo» que invoca exitosamente la narradora del relato con el fin de ser disuadida de la opción del suicidio (Matto, 1886, p. 142). Esta figura femenina en desamparo económico que logra sobrevivir gracias a la improbable, pero, en última instancia, posible alternativa del trabajo es frecuente no solo en sus cartas y relatos, también en sus novelas. Recordemos sino a la viuda de *Herencia*, quien, «con tres días de no haber tomado alimento alguno», toca la puerta de Lucía Marín para pedir trabajo como último recurso antes de tomarse su botella de veneno (1895, p. 123), y a la esforzada costurera, que hasta el final de sus solitarios días se aferra a su modesto trabajo. Desde la ficción como desde el epistolario emerge el diseño coreografiado de una historia de vida en clave épica, en cuyo centro hay una mujer que combate la violencia económica de un patriarcado que le niega el trabajo o que se la hace difícil, por decir lo menos.

Al reducto de dignidad y esperanza que constituye el trabajo en la construcción de su biografía privada aludirá la novelista profusamente en este espacio interlocutivo que comparte con su amigo y maestro<sup>17</sup>. Abre este epistolario la carta que escribe Matto a dos años de la muerte de Turner, ya viviendo en Arequipa, «en brazos de la orfandad y la pobreza», «sin nada y sin apoyo alguno». Si bien le informa a su corresponsal que había conseguido empleo como jefa de redacción de *La Bolsa*, el tono no es triunfante. Es, más bien, de lamento ante el «sueldo pequeño» que, para colmo de males, dejaba de recibir por la censura impuesta cuando el diario cerraba, dejándola «sin tener de que vivir», a ella y a sus «pobres hermanos» (5 de diciembre de 1883). En una clásica movida en la que se trenzan retóricamente el lamento del subalterno con el reclamo del agente, el yo epistolar que, por un lado, apela a la compasión de su maestro, sabe aprovechar del capital social amasado durante décadas por su interlocutor para pedirle trabajo: «¿Podría contar en esa con el apoyo de amigos como usted para conseguir una ocupación que me asegure la subsistencia por seis meses?», pregunta. El enunciado que, sin embargo, sigue a esta solicitud en código de discípula y subalterna, reconviene a su maestro por la ceguera propia del sujeto intelectual masculino ante el drama que viven ella y sus compañeras de oficio por razones de sexo y género. Así, en lugar de agradecerle anticipadamente por su apoyo, como dicta el protocolo, el sujeto epistolar cierra la solicitud con un reclamo que rebasa los límites de su situación individual y lo colectiviza: «Ahora comprendo lo que es la suerte de una mujer en el Perú», puntualiza, logrando una primera vuelta de tuerca para llamar la atención acerca de la inequidad de género en su país.

Consciente de la insuficiencia de su reclamo ante un destinatario que parece no estar dispuesto a responder sino echando mano al gesto tutelar de la conmiseración, el sujeto de esta epístola ensayará una estrategia de interpelación cuya orientación busca ponerle a Palma las barbas en remojo con respecto de sus propias hijas, cuando, acto seguido, le recuerda que ninguna de ellas está libre de encontrarse a futuro en las mismas y penosas circunstancias que ella ahora: «[¡]Ah!, también usted lo sabe, porque, cuántas veces, al ser padre de niñas habrá meditado en la posibilidad de encontrarse alguna huérfana o viuda, con la voluntad del trabajo sin poderlo conseguir! Eso es fatal, amigo del alma» (carta 1). La «afectísimas discípula», que así se despide, con una segunda vuelta de tuerca en esta carta inaugural del epistolario, se revela desde un principio como una discípula muy particular, que pide apoyo con deferencia, pero que simultáneamente recrimina a su maestro por la ausencia de un apoyo concreto para ella y para otras mujeres, incluida Angélica, la propia hija del maestro, que no viven ni pretenden vivir mantenidas por el padre de familia. Si en sus novelas y ensayos Matto se inhibe de cuestionar el patriarcado de consentimiento, el sujeto epistolar de estas cartas, en cambio, se distingue por cuestionar a ese gran maestro y patriarca, cuya amistad, por lo demás, le sirve para validarse como intelectual público<sup>18</sup>.

El dinero, o la falta de dinero, resulta determinante en el itinerario de la novelista, así, a pesar de su manifiesta aversión a Arequipa, a la que considera ciudad ultramontana, vuelve a ella luego de su mudanza a Lima, para «recoger una parte del dinero que le dije» y termina quedándose meses allí, porque le «piden un plazo nuevo para la entrega de la otra» (carta

16, 2 de diciembre de 1886). A medida que el discurso avanza entre la primera y la última carta de Arequipa, el tono de la enunciación con relación a la falta de recursos y a «las privaciones que moran en mi hogar» intensificará su efecto dramático, llegando incluso a confesar a su interlocutor ausente, en una carta del 18 de julio de 1884, que hubiera «podido cambiarlo todo por un acto de mi voluntad, pero, eso habría llenado de vergüenza mi existencia robando la entereza del alma de que dispongo para levantar la frente sin miedo, sin recelos» (carta 6). Si bien los hechos a los que alude críticamente este enunciado exceden nuestra lectura, no resultaría demasiado atrevido pensar que se trataría de una no-tan-velada alusión al antiguo pacto que sella la jerarquía de género patriarcal entre el dinero masculino y el servicio sexual femenino, entre el goce masculino y la humillación femenina, entre la compra de placer y la venta de cuerpo como recurso de sobrevivencia de las mujeres desde tiempos inmemoriales. Por difícil que nos resulte ubicar en este escenario naturalizado del patriarcado a la Clorinda de cuello y puños cerrados mirándonos desde las fotos con severidad de matrona victoriana, el sentimiento de «vergüenza» que confiesa haberla embargado nos obliga a contemplar la realidad de tan ofensiva propuesta en toda su miseria. El particular poder del pacto epistolar, cuyo diálogo en ausencia «deja al descubierto a la una ante la mirada del otro» (Foucault, 1990), es, en este caso, un poder que nos interpela a contemplar ese posible escenario abyecto detrás de los recursos retóricos con que se está tejiendo el texto.

El apoyo que Matto le pide a Palma y a otros amigos poderosos, apelando a la jerarquía de género ya desde su primera carta, será reiterativo. En la segunda carta, escrita desde Tinta, el 26 de enero de 1884, se trata de un apoyo que toma las formas concretas del brazo masculino. «Su brazo será un fuerte apoyo para mí, porque usted comprende las dificultades infinitas que rodean a una mujer, en mis condiciones, para poder encontrar trabajo, por más que cuente con aptitudes y voluntad» (carta 2). Un brazo con consolidado capital cultural como el de su «maestro» era lo que necesitaba esta «discípula» talentosa para conseguir el anhelado trabajo. Lo que, sin embargo, no necesitaba era que otros, por más capital que tuvieran, la convencieran de su talento como mujer de letras o de su inagotable capacidad de trabajo, porque ella sabía que, en efecto, lo tenía, y de sobra.

Fue gracias a esa seguridad en su propia capacidad de trabajo intelectual que ninguna de las piedras que encontró en el camino fueron suficientes para que dejase de buscar «una ocupación y una entrada segura, por moderada que fuese» (carta 11, 8 de enero de 1886), o para que se abstuviera de buscar a los escritores que pasaran por Arequipa en su búsqueda de interlocución y legitimidad en el campo, o para inhibirla de promover sus propios textos para la venta. Aun en medio del mar de lamentos su autoestima parecía a prueba de balas. En la carta 2, de enero de 1884, por ejemplo, escribe que ha solicitado que *Elementos de literatura para el bello sexo* «se adopte por texto en los colegios de enseñanza». El mismo año María Nieves y Bustamante publicaría una reseña muy elogiosa de *Elementos*, en *La Bolsa*, en la que lo recomendaba «no solo a los profesores de colegios particulares, sino también a todas las señoritas que deseen tener nociones de este hermoso arte» y expresaba finalmente su deseo de que «fuesen adoptados para la enseñanza de las Escuelas Municipales de la República» (*La Bolsa*, 8 de marzo de 1884)<sup>19</sup>. Uno de los efectos más productivos de la violencia económica que padeció Clorinda Matto junto a sus compañeras de la primera generación de ilustradas fueron las redes que ellas comenzaron a tejer para apoyarse las unas en las otras e impulsar su carrera en el campo de las letras, como lo sugiere esta reseña, de quien años después sería adversaria de Clorinda, y como lo sugieren las frecuentes referencias en estas cartas a Juana Manuela Gorriti, Teresa González de Fanning y Margarita Práxedes Muñoz, entre otras.

Las referencias comprensiblemente ácidas a la situación de discriminación laboral que padecía el sujeto epistolar por el hecho de ser mujer abundan en estas cartas. Si bien son reiteradas sus referencias a «las dificultades infinitas que rodean a una mujer», aun a aquellas con «evidentes aptitudes y voluntad» (carta 2), sus infatigables solicitudes de ayuda sugieren que no cejó en su lucha por el derecho a ganarse el pan de cada día como profesional de las letras y no como otra cosa. No era solo que hubiese discriminación laboral por razones de género, sino que, en su patria, la figura de la mujer que se ganaba el pan de cada día con su trabajo constituía en realidad un exceso simbólico, un sin lugar. Sabemos, quienes estudiamos la literatura del siglo XIX peruano, que, si bien los discursos nacionalistas de la época promovieron la presencia de las mujeres de élite criolla en el debate público de la nación, lo hicieron bajo la condición de que ellas encarnaran la figura de madre cívica entendida dentro de la lógica biopolítica de lo materno (Arcos, 2015). Dicha lógica se refiere a las políticas del Estado moderno latinoamericano que determinan cuáles cuerpos de mujeres y cuáles formas de vidas son buenas y malas en función a su reproductividad. Dentro de ese binario, la pertenencia a la comunidad nacional de los cuerpos femeninos criollos que servían a la procreación de la población sería más legítima que otros que no servían a esos fines y que, por lo tanto, devendrían fronterizos, incompletos y menos merecedores de protección por parte de la ley del Estado o del *Pater familiae*. Un importante sector de mujeres letradas como Clorinda Matto tuvieron

una relación complicada con ese mandato y optaron por una vida más o menos nomádica, centrada en la sociabilidad relacionada al mundo de la cultura impresa y al de la búsqueda de independencia económica antes que de acomodo a la economía familiar<sup>20</sup>.

El tema del dinero, cuya brecha ganancial de género hasta hoy define el mercado latinoamericano, es fundamental para la constitución del campo literario moderno. En un campo tan precario como el peruano de fin de siglo, Matto bregaba con dificultad para que sus libros circularan como mercancía en el emergente mercado de bienes culturales, como lo demuestran estas cartas que están dedicadas en gran parte a la discusión de tarifas, fletes, deudas, precios y comisiones. Las quince cartas fechadas en Arequipa aparecen repletas de referencias a los costos de edición que exceden las posibilidades de la autora. En la carta 12, por ejemplo, se lamenta de que «aquí es todo tan subido que horripila los bolsillos más bien provistos... ya usted ve que he trabajado únicamente para el impresor» (5 de febrero de 1886) y en la carta 16 confiesa su preocupación por no ser capaz de pagar las deudas contraídas en la costosa segunda edición de sus *Tradiciones cusqueñas*: «Todavía le debo unos 196 plata que deseo pagárselas antes de mi salida de esta ciudad». En contraposición a los altos costos de edición, los precios de venta parecían nadar en la inestabilidad. A su maestro le encarga la vigilancia de encomiendas y «cajoncitos» enviados a distribuidores en Lima con libros que, en su carta del 8 de enero de 1886, la autora espera vender a «dos soles plata» (carta 11), los mismos por los que once meses más tarde, el 2 de diciembre, pedirá apenas un sol veinte (carta 16).

Vale la pena, por lo demás, detenerse en el valor pecuniario de un libro en el Perú posbélico donde se ubica Matto. En su carta del 2 de diciembre de 1886, la novelista le informa a Palma que el señor José V. Rivera, director de *La Revista del Sur*, le había ofrecido que se hiciera «cargo de la redacción principal de su diario» y en la siguiente le anuncia que ha rechazado la propuesta de trabajo, porque le «ofrecían 40 S. y el programa más retrógrado del mundo» (carta 17, Arequipa, 20 de enero de 1887). Es decir que, por un salario mensual como redactora principal, Matto ganaría lo suficiente para comprarse apenas 40 libros, que traducido a nuestra época contemporánea significa que el sueldo ofrecido era alrededor de S/ 1600. Aun considerando la posible distorsión de precios en un país que, como el Perú, recién se recuperaba de la bancarrota, el mercado de libros parecía representar una mina de oro en ciernes, y a este dedicó Matto mucho tiempo y esfuerzo, aunque no llegara a cosechar grandes ganancias (como si lo hiciera su interlocutor), tal como lo demuestran las constantes referencias en el epistolario a la costosa edición y circulación de sus libros. Si bien abundan las referencias a preocupaciones generadas por las deudas impagas, corre pareja la gran energía liberada por el trabajo de armar galeras, preparar pliegos, organizar cajeos y manejar operarios para el envío de libros no solo a Palma, sino a los diversos actores del mercado letrado, ya fuese a los Ateneos, clubes literarios, academias, bibliotecas, museos y librerías en Lima, Argentina, Colombia y España, así como a la recepción de toda suerte de libros y periódicos que ella consigna con orgullo en sus cartas.

## LOS ALIADOS

Consciente de las múltiples desventajas que suponían para ella no solo su género sino su condición de mujer sola, provinciana y «rara», Matto optó por una estrategia tradicional en la historia del patriarcado: la de procurarse aliados varones poderosos que tuvieran no solo capital cultural como Palma, sino además social y político, como lo señalo arriba. Entre estos, el general Andrés Avelino Cáceres, a cuyo Partido Constitucional había permanecido lealmente afiliada desde su fundación en 1882 (carta 25, 9 de enero de 1893), fue, sin duda, el principal aliado en su agenda. El héroe de la Breña le había asegurado, en plena campaña presidencial, que «si llega[ba] a ser Gobierno» le ofrecería la dirección de un colegio de instrucción media, con el que obtendría «una independencia absoluta» (carta 11, 8 de enero de 1886), destino que, sin embargo, no llegó nunca a concretarse cuando este ganó la presidencia, a pesar de la reiteración de la promesa un año después: «El Presidente me ha mandado decir con mi hermano Daniel que me tiene un destino en el Colegio Normal» (carta 17, Arequipa, 20 de enero de 1887). Algo intuiría Matto del peruanísimo discurso del «mañana» que, acto seguido, le pide a Palma darle un empujoncito a esta promesa presidencial moviendo sus propios contactos: «Creo que usted es amigo del Ministro de instrucción y, si se ofrece, confío en que hará usted algo por mí recomendándome a este señor a fin de que la iniciativa del Presidente vaya sobre terreno simpático». A pesar de su tenacidad, Clorinda no recibiría una mejor propuesta de trabajo en el Perú hasta octubre de 1889, cuando asumió la dirección de *El Perú Ilustrado*, puesto al que, sin embargo, tendrá que renunciar, bajo violenta presión, apenas dos años más tarde, tras el escándalo suscitado por la publicación del cuento de Coelho Netto.

Desde sus primeros días en Arequipa dedicó tiempo a cultivar la amistad con el héroe de la Breña, como se colige en

las cartas por sus múltiples referencias con tono familiar al «amigo Cáceres», quien, según el sujeto epistolar, le habla en confidencia de sus intenciones políticas (carta 10, del 18 de diciembre de 1885) y le da noticias de la buena salud de su propio «maestro» (carta 15, 7 de julio de 1886)<sup>21</sup>. En la carta 8, del 1° de enero de 1885, con respecto de la «enmarañadura política de nuestro país» que Palma mencionara en su anterior carta, Matto señala que se animó a «hablarle a Cáceres en el lenguaje franco de la amistad, que tal vez nadie usa con él, porque todos lo engañan, llevados por el mezquino interés de la piltrafa». Es de suponer, o es lo que el sujeto epistolar supone, que fue como resultado de esa conversación con ella que el héroe de la Breña se anima «a proceder a mandar una comisión a esa». Por lo demás, la buena disposición que mantuvo el presidente ayacuchano con la novelista se verá corroborada cuando, unos años después, le dé el espaldarazo con la publicación, en *El Perú Ilustrado*, de su «Carta a Clorinda Matto de Turner», en la que le agradece por *Aves sin nido*, cuya lectura, declara, lo habría hecho recapacitar acerca de la necesidad de vigilar a las autoridades de la sierra con el fin de frenar sus abusos contra la población indígena.

Cáceres no fue el único presidente con quien Matto se relacionó para procurarse del capital político necesario para una mujer que ambicionaba posicionarse en el campo intelectual y laboral. También lo hizo con el general Lizardo Montero, presidente del gobierno provisorio del Perú de 1881 a 1883 durante la ocupación chilena, a quien, en carta del 3 de abril de 1880 —que no incluimos en esta publicación—, saluda «con toda aquella religiosa estimación que el corazón abriga para el hombre de méritos», califica de «mesías», «patriota valiente y abnegado», y hace votos para que se constituya en «el brazo armado para la venganza». Asimismo, cultivó su relación con el general Iglesias, también presidente interino de la República, establecido en Arequipa durante el tiempo que la novelista residía en la ciudad, de quien consigna una promesa de «destino en el Colegio Normal»; y con Narciso Campero, presidente de Bolivia, entre 1880 y 1884, que apoyó a Cáceres con armas y municiones en la campaña de Arequipa, quien, según la carta 1, le habría ofrecido «poner[la] al frente de un colegio», propuesta que, sin embargo, ella finalmente rechazó, por haber «preferido quedar[se] en nuestra patria, aunque sea con pan inseguro».

Matto no cesó en sus esfuerzos de pedirle a su interlocutor epistolar que mediara en su cometido de procurarse una posición de trabajo asalariado. Intentos de alianzas sociales abundan en estas cartas —véase la carta 15 del 7 de julio de 1886, la carta 21 del 10 de noviembre de 1887 y la carta 23 del 25 abril 1888—, en las que le pide al tradicionalista invitar a su velada literaria de la calle Calonge a José Antonio de Lavalle, prestigioso diplomático, político y hombre de letras; a Cesar Goicochea, integrante de la Real Academia de la Lengua Española y presidente de la Sección Literaria de *El Ateneo*; y al joven académico y tradicionalista Eleazar Boloña; respectivamente. A pesar de su tenacidad, la cusqueña no recibiría la propuesta de trabajo anhelada sino hasta octubre de 1889, cuando asumió la dirección de *El Perú Ilustrado*.

## LA AGENCIA

Lo que parecía ser, en la primera carta del conjunto, la representación acotada de un momento de crisis en la vida del sujeto enunciador, se perfilará y decantará, a lo largo de las veintidós que le siguen, como un patrón que ordena ese largo tramo, un diseño mayor, una estructura de experiencia de género, de la que, suponemos, encontraría alivio solo seis años después, cuando, en la Lima de Cáceres, Matto se logra posicionar en el campo intelectual, a pesar de que solo tenemos una carta de ese periodo, la 25, del 9 de enero de 1893, para indagar en ello. En dicha misiva, escrita tras una elocuente elipsis de cuatro años, Matto da cuenta, en tono optimista y confiado, de la fundación de su periódico constitucionalista *Los Andes* y afirma, sin asomo de duda, que «el partido del Gral. Cáceres se ha impuesto» y que será «el sucesor» del gobierno del General Morales Bermúdez. Habiendo desarrollado importantes formas de capital social entre su llegada a Arequipa, en 1883, y su mudanza a Lima, en 1887, y teniendo, además, el capital simbólico que había acumulado con la publicación de sus novelas y su actividad periodística, ahora se le presentaba la oportunidad de lograr la requerida legitimidad en el campo intelectual. Para la agente que Matto había llegado a ser, en 1889, tan hábil y cercana a Cáceres, el estigma de ser mujer ya no tenía el mismo peso que cuando era la empleada desconocida de *La Bolsa* de Arequipa. En 1889 Matto era una mujer imposible de ignorar. Tan visible, astuta y ruidosa como la «Carta privada a Clorinda Matto», firmada por el presidente Cáceres, en defensa de su novela, que ella hábilmente publica en *El Perú Ilustrado* del 3 de mayo de 1890 para defenderse de sus detractores. Coherente con el espíritu de quien se sabe ya bien establecida y segura en una posición ganada con el sudor de su frente es la referencia a la edición de una de sus obras, *Himac Sumac*, ya no como mercancía para vender, sino «como aguinaldo» para los amigos. Este era un lujo que ahora podía darse entre otros mayores, como el de pensar en un posible viaje a España, donde estaba Palma con la delegación peruana por el IV Centenario del Descubrimiento de América. Aunque falta el final de la carta, podemos suponer que la solicitud que hace el sujeto enunciador de «hacer capítulo por mí entre sus amigos de esa, pues no veo tan imposible poder...» se refiere al viaje que ya planeaba Matto. Se asoma, en esta solicitud, el espíritu de pertenencia a una comunidad de iguales que luego se afirmará con el uso de un «nosotros» cómplice, que le permite burlarse de la precariedad del campo en el que ambos están, ahora sí, inscritos: «Usted sabe, compadre, que los pobres escritores de esta tierra a lo único que aspiramos es a la gloria en suma, al humo, porque pesetas no caen».

El cambio de estatus que sugiere la carta 25 se empezará a consolidar a partir de las siguientes (cartas 26 a 31), escritas ya desde el exilio en Buenos Aires, donde «todo es grandioso» y donde, además, llega «precedida por un nombre» y una fama, como ella misma se encarga de informar. La primera carta fechada en Buenos Aires (carta 26), que firma con el diminutivo de «Clori», está permeada por un tono ligero y risueño, a pesar de las difíciles circunstancias producidas por la violenta salida de su país. No se trata de una mujer amedrentada por la violencia sufrida o asustada por el futuro incierto en tierras ajenas, sino todo lo contrario, de una mujer segura de los triunfos cosechados y por cosechar, orgullosa de las manifestaciones de reconocimiento a su persona, dispensadas por altas autoridades intelectuales a su paso por Chile, y con la satisfacción de haber rechazado tres ofertas de trabajo recibidas entre Santiago y Valparaíso.

Es precisamente el conocimiento particular de lo que significó «ser mujer en el Perú», en el que se trenzan las carencias del dinero y el trabajo, lo que permitió que el motivo de la huida del que trata aquí y que luego dará cuenta en *Boreales*, se convierta en alegoría de viaje hacia el paraíso femenino, que es el del trabajo remunerado dentro del campo profesional de las letras. No importa que, una vez instalada en Buenos Aires, ese paraíso comience a desdibujarse, como lo sugieren sus últimas cartas y como lo señala María Vicens en su trabajo sobre la fantasía porteña en Buenos Aires a la vuelta del siglo (2018). De hecho, tres de las cinco cartas escritas desde Buenos Aires se refieren a los precios altos del teatro y de la vivienda, y en la fechada el 25 de mayo advierte, a propósito de su recién nacido proyecto *Búcaro Americano*, que «en América la literatura es elemento negativo para el estómago». El toque de humor es indicativo del espíritu positivo que su nuevo estatus le infunde, como se aprecia en el giro siguiente acerca de que, si llegara a «perder tiempo y dinero[,] no seré tan cándida para no colgar Búcaro así con todas sus flores y sus viñetas».

Si bien es cierto que en las cartas que siguen Matto plasmará su paulatina decepción frente a los «gauchos fanfarrones», a su reciente antipatía frente a aquellos que, como Wilde, antes la habían deslumbrado, y su irritación frente al espíritu «mercantil» de la ciudad que ahora la acoge, el sujeto epistolar continuará, en nota festiva, consignando su vida «llena de cosas», de trabajos, proyectos, conferencias, invitaciones y visitas, que, por lo demás, asume que, dado su bien ganado prestigio, su destinatario ya conoce. Es el caso de su carta del 25 de mayo de 1896 (carta 29), en la que da por hecho y supuesto que Palma ya «sabrá [usted] por los periódicos» que el ministro argentino Bermejo le ha otorgado la cátedra en

la escuela Normal y que está a la espera de una oferta adicional. Su declaración de estar «en posesión de mi destino» condensa la exultante constelación de significados desde la que Matto se permite ver esta etapa final de su vida profesional.

En la última carta, del 17 de julio de 1897 (carta 31), escrita bajo el impacto de la noticia de la muerte de su padre, el tono de lamento ante la pérdida permea el texto; sin embargo, es importante señalar el efecto neutralizador que tiene el tema del trabajo frente al duelo. La «nueva desgracia que viene a aumentar las tristezas de mi corazón» moviliza el recuerdo no solo de la muerte de su hermano Daniel y de «las cenizas de mi hogar en Lima» sino también el de su «imprensa saqueados y destruidos por los regeneradores de la patria». La pérdida material es, en los pliegues de la memoria de esta obrera del pensamiento que ha padecido serias carencias en su etapa formativa como mujer profesional e independiente, tan grave como la pérdida de vidas humanas. El trauma de la pobreza de sus años anteriores a Lima se asoma por entre los resquicios de la pérdida del padre y regresa, con fuerza, la sensación de vulnerabilidad que habría significado la destrucción de su imprenta. Por ello, a pesar de la conmoción causada por la muerte del padre, confiesa sentirse tranquila con sus «tareas de enseñanza». Si bien le pesa el recuento de sus pérdidas afectivas, gana, ahora sí, «lo necesario para vivir con decencia», hecho que le permite vivir sin «desear otra cosa» (carta 31), tal como lo consigna antes de despedirse con el apelativo de «comadre».

Como sabemos, Matto no recibió herencia familiar alguna y debió conformarse con la decisión del padre de dejarle el patrimonio familiar a los hijos del segundo matrimonio. Tampoco tenía herencia conyugal ni un hijo que llegada la vejez pudiera hacerse cargo de ella. De ahí las recurrentes referencias en estas cartas no solo a un trabajo, sino a ganarse los derechos de jubilación, que, finalmente, obtiene en Buenos Aires, según escribe, en su carta del 25 de mayo de 1896: «La cátedra tiene la ventaja del pago puntual y me ofrece para la vejez la perspectiva de la jubilación que se puede obtener después de diez años de servicios o por invalidez notoria» (carta 29). Difícilmente habría logrado ese derecho en el Perú de la época, ni con el apoyo de los brazos más fuertes y musculosos de la nación, que, al menos de palabra lo tuvo.

Motivada desde joven por su ambición de convertirse en profesional, es en las seis cartas escritas desde Buenos Aires que Matto parece sentirse más cerca de su sueño de un trabajo propio que le permitiera vivir, en cuarto propio y con agenda propia, como sus compañeros y maestros. Como ella, Margarita Práxedes Muñoz, Carolina Freire de Jaimes, Mercedes Cabello de Carbonera y Zoila Aurora Cáceres habían llegado a Buenos Aires, en la década de 1890, atraídas por la promesa de mejores condiciones de vida a las profesionales de las letras y, unos años más adelante llegarían Teresa González de Fanning y María Jesús Alvarado<sup>22</sup>. Todas ellas compartieron la condición de ser mujeres solteras, viudas, separadas o casadas, pero en matrimonios poco convencionales, que orillaban un estilo de vida en tenso diálogo con el mandato de la reproducción y de la familia, y una estructura de afectos alternativa al modelo de amor que produce formas de subordinación y autoridad en las relaciones de género (Ahmed, 2004). Un trabajo pendiente es el rastreo de la correspondencia de ellas y el análisis de su posicionamiento como sujetos de discursos desde el «entre lugar» reservado a las letradas que, como vemos en este epistolario, resulta en sí mismo insuficiente y altamente inestable y problemático.

Resulta claro, gracias a la lectura de este conjunto de cartas, lo tóxico que fue para Matto, convencida como estaba de su talento, creatividad y energía desbordantes, el tener que rogar reiteradamente, en la etapa inicial de su formación profesional, para que uno o más brazos masculinos le abrieran las puertas que, por mérito propio, le correspondían. Su situación nos ayuda a contextualizar los ensayos, artículos y conferencias de las ilustradas en las redes de Matto, que no cesaban de reclamar, en veladas, clubes y periódicos, su derecho al trabajo y a la educación, y a reflexionar acerca de la necesidad económica que las alentó a empujar colectiva y concertadamente las fronteras y los discursos normativos de género. No se trataría tanto de una desobediencia por principio como de una desobediencia por necesidad que, sin embargo, produciría en la siguiente generación —representada por Cáceres, Acosta y Alvarado— una reflexión más amplia y teórica sobre las identidades y los derechos políticos de género (Zegarra, 2016).

Aún si Buenos Aires ofrecía más oportunidades laborales, Matto no solo mantuvo siempre activa la estrategia de articulación con el campo político y social argentino y peruano, sino que la extendió al mundo de las letras hispánicas. Cultivó la amistad de la peruana Leonor Tezanos Pinto, esposa del presidente Uruburu de Argentina (1895-1898), cuyo retrato colocó en la carátula del primer número de *Búcaro Americano*, el 1° de febrero de 1896. Como ella misma lo señala, en la carta del 25 de mayo de 1896, es, finalmente, gracias a su paisana Leonor, que consigue su primer puesto de trabajo estable como maestra. Recordemos que, a pesar de su amistad con el presidente de la República del Perú, Matto no había conseguido en Lima la cátedra soñada que sí consiguió en Buenos Aires. No obstante, marcada por la larga historia de inestabilidad económica vivida en su país, seguirá guardando «pan para mayo» hasta el final de su vida. Señala en la



misma carta que no cejará en sus esfuerzos hasta conseguir un segundo puesto de trabajo: «Algunos amigos de los que tratan de la instrucción me han ofrecido otra cátedra más y, si la consigo, ya tendré lo suficiente para vivir modestamente» (carta 29).

El trauma del exilio significó un nuevo giro en la prosa de este sujeto epistolar que, de haber reclamado el brazo fuerte de su afamado interlocutor, pasó a afirmar su autonomía como mujer de letras, alimentada por una red continental y transatlántica de activistas obreras del pensamiento. La historia que narra *Su afectísima discípula* es la de una mujer que, contra viento y marea, busca trabajo para ganarse la vida como intelectual hasta encontrarlo finalmente en la otra orilla, ya en el exilio y con el apoyo de otras mujeres. El cálido y multitudinario encuentro con compañeras de oficio a su llegada a Madrid, última escala de su itinerario de intelectual peruana, poco antes de su muerte en Buenos Aires, fortaleció su certeza de que el nuevo siglo arrastraba la colectivización de sus reclamos. Lo sabemos, aunque las cartas de ese viaje sigan perdidas, porque dejó constancia de ello en *Viaje de recreo*. El tiempo y la historia le dieron la razón.

---

<sup>15</sup> Sugiere Nelson Manrique, por ejemplo, que «en cuanto se recuperó del golpe sufrido empezaron a revelarse sus hasta entonces insospechables dotes de empresaria, que le permitirían, en los años siguientes, no solamente salir de las deudas, sino ganar su independencia económica» (1989, p. 37). Matto tuvo, en efecto, ambiciones empresariales, pero solo en el último tercio de su vida, mucho después de su viudez y en el campo de las letras. En este se concentró cuando fundó su imprenta *La Equitativa*, en 1892, en la que se imprimieron una diversidad de libros, revistas, tarjetas y monogramas, además de su bisemanario cacerista *Los Andes*. Sin embargo, este proyecto empresarial fue tempranamente truncado cuando las tropas pierolistas destruyeron su imprenta, que, en plena guerra civil, se ensañaron con Matto y con su proyecto letrado liberal feminista.

<sup>16</sup> Tanto el periodismo como la docencia representaron para la autora de *Aves sin nido* la oportunidad de escribir, pero también de alfabetizar a una nación, donde, según el censo de 1876, el 84,5% de la población era analfabeta (Castillo Vera, 2017). Sobre su visión del periodista como una suerte de docente nómada con capacidad de llegar a regiones del país donde el Estado estaba ausente y enseñar a pobladores sin oportunidades de ir a la escuela, ver sus editoriales de *Los Andes* (1893-1895).

<sup>17</sup> Para un tratamiento del tema del trabajo femenino en clave de discurso público ver sus columnas para la prensa periódica, particularmente en *La Bolsa, El Perú Ilustrado, Los Andes y Búcaro Americano*. Ver Batticuore, en preparación.

<sup>18</sup> El patriarcado de consentimiento es la forma naturalizada que el patriarcado asume en la sociedad occidental contemporánea, en la que, según la ley, las mujeres son sujetos de derecho en igualdad a los hombres, aunque en la práctica la desigualdad siga operando a través del consentimiento de las propias mujeres, quienes buscarán cumplir el mandato de roles sexuales normativos. Se diferencia del patriarcado de coerción, que opera manteniendo percepciones jurídicas muy estrictas, que diferencian a los hombres y a las mujeres y que penalizan hasta con la muerte a quien se atreva a desafiarlas (véase Puleo, 2005).

<sup>19</sup> Ver Nieves y Bustamante, 2016, p. 473.

<sup>20</sup> Colisionan con este mandato de la madre republicana doméstica, además de Clorinda Matto, Gertrudis Gómez de Avellaneda, Juana Manuela Gorriti, Eduarda Mansilla, Mercedes Cabello, Teresa González de Fanning, Zoila Autora Cáceres, Angélica Palma, María Jesús Alvarado, y Flora Tristán, entre otras.

<sup>21</sup> Es conocida la eventual enemistad entre Palma y Cáceres por razones de partidismo político: Palma era un acérrimo pierolista, como se puede apreciar en su epistolario, y enemigo de Cáceres, por lo que suponemos que estas cartas de Matto fueron escritas antes del conflicto entre el tradicionalista y el militar.

<sup>22</sup> Ver en Pinto, 2017, las cartas que Mercedes Cabello de Carbonera escribió desde Buenos Aires, en 1897, adonde había llegado para consultar médicos. Ver también el trabajo de Vicens, 2018, en el que sigue los pasos de las ilustradas que formaron el núcleo de escritoras peruanas establecidas en Buenos Aires entre 1890 y 1910.